

CAPITULO XI.

PRODIGIOS Y SEÑALES QUE PRECEDIERON ANTES DE LA
VENIDA DE LOS ESPAÑOLES Y TEMOR DEL
REY DE MICHOCAN, DE LA RUINA Y ACABAMIENTO DE
SU REINO.

Las señales y prodigios que en ciertos tiempos se dejan ver en la tersa plana de los cielos, suelen pronosticar sucesos fatales ó felices, según el aspecto en que se dejan ver sus fenómenos. Funestísimos fueron los que precedieron á la destrucción de Jerusalem de que hace menuda relación el antiguo Josefo, y se lee á cada paso en los anales de aquel tiempo. Parecidos fueron los que se observaron en todos estos reinos de las Indias, que ocasionaron notable consternación no solo en el imperio mexicano, mas también en el reino de Michoacan, en donde antes de la entrada

de los españoles predijeron los ancianos que eran tenidos por oráculos, estar ya muy cerca el fallecimiento del rey gentilico. De estos indios profetas, y de sus profecías se hallan algunos ejemplares en el grande historiador Herrera, y en nuestro Torquemada; (*) conforme los sucesos varios de la conquista de las Indias, y en particular la de Nueva España hasta la posesión del reino tarasco, refiero alguna de estas predicciones que principalmente son del caso, en el Aparato á esta historia, que se puede consultar. El primer fenómeno que todas estas gentes observaron, fué una llama de fuego notablemente grande y resplandeciente de forma piramidal, que descubriéndose á la media noche caminaba lentamente hasta lo más alto del cielo, donde se deshacia con la presencia del sol. Vióse despues en medio del dia salir por el Poniente otro cometa ó exhalación, á manera de una serpiente de fuego que despedía centellas tan espesas, que parecían chispas de pólvora encendida, y se desvanecían en el aire. Cuando estas gentes registraban por sus ojos esta llama daban gritos y palmadas en la boca multiplicando sacrificios á sus dioses para que les descubriesen la significación de tan monstruoso portento. En la cabeza de este nuevo mundo

(*) Torquemada, lib. 15, cap. 40.

rompió sus márgenes la gran laguna de México, que sin hacer aire ó temporal á que atribuir este movimiento, comenzó á hervir y á espumar como agua agitada del fuego. Encendióse de sí mismo el principal templo, y cuando comenzó á arder parecía que las llamas de fuego salian del corazon y entrañas de la madera, y esto sucedió en una noche apacible y clara, sin preceder relámpago ni trueno que pudiese ser indicio de aquel incendio. Oyéronse en el aire, por diferentes partes, voces lastimosas, que pronosticaban el fin de esta monarquía indiana, y sonaba repetidamente el mismo vaticinio en las respuestas de los ídolos. Aparecieron en el aire hombres armados, que peleaban unos contra otros, y se destruían y aniquilaban. Cogieron en la laguna de México un pájaro monstruoso á manera de grulla, de extraordinaria hechura y tamaño, y dando estimacion á la novedad se la presentaron al rey: era horrible su deformidad, y tenia sobre la cabeza una lámina resplandeciente á manera de espejo, donde reverberaba el sol con un género de luz maligna y melancólica. Reparó en ella el emperador, y acercándose á reconocerla mejor, vió dentro una representacion de la noche, entre cuya oscuridad se descubrian algunos espacios de cielo estrellado, tan distintamente figurados, que volvió los ojos al sol como quien no acababa de creer el día, y

al ponerlos segunda vez en el espejo, halló, en lugar de la noche, otro mayor asombro, porque se le ofreció á la vista un ejército de gente armada que venia de parte del Oriente, haciendo grande estrago en los de su nacion.

Llamó á sus agoreros y sacerdotes para consultarles este prodigio, y la ave estuvo inmóvil, hasta que muchos de ellos hicieron la misma experiencia; pero luego se les fué ó se les deslizo entre las manos, dejándoles otro agüero en el asombro de la fuga. Trajeron, en otras ocasiones, á la presencia del Rey mexicano, diferentes monstruos de horrible y nunca vista deformidad, que á su parecer contenian significacion y denotaban grandes infortunios; y si se llamaron monstruos de lo que demuestran, como lo creyó la antigüedad, que les puso este nombre, no era mucho que se tuviesen por presagios entre aquella gente bárbara, donde andaban juntas la ignorancia y la supersticion. Dos años ántes de la llegada de los españoles, se oía en la noche una voz continua de mujer, que á grandes gritos decia: ¡Hijos míos, vuestra destruccion se ha llegado! ¿adónde os llevaré para que no os acabeis de perder? Otras veces vieron dos hombres unidos en un cuerpo, y otras un cuerpo de dos cabezas, los cuales, llevados á la Sala Negra (que era la de los agoreros), desaparecieron ó se hicieron invis-

bles. Ultimamente, en el año que llegaron los españoles á esta tierra, que fué el de 1519, apareció un cometa grande en el aire, de grande resplandor, que no se movia de un sitio, y duró en esta posicion por muchos dias, causando nuevos asombros en los ánimos ya conturbados con las visiones antecedentes.

No ignoro que los filósofos tienen estos signos por efectos naturales, y muchos físicos, principalmente entre los modernos, consideran los cometas como una lista de pequeñas estrellas, y se burlan de la preocupacion del vulgo que se impresiona del terror pánico cuando aparecen; pero debo, en tales circunstancias como fueron las que precedieron á la conversion de esta gentilidad americana, llamar á estas portentosas señales, con San Agustin (*), lenguas de los cielos. Son avisos de Dios, que se digna manifestarnos de cuando en cuando, segun sus altísimos fines, ó en orden á todo el universo ó respecto á alguna nacion, y siempre para que los mortales, escarmentados, soliciten su remedio. Verémos cómo estas señales fueron enviadas del Todopoderoso para manifestar á estas naciones su vocacion al bautismo y demarcarles visiblemente el lleno de sus misericordias con que los convidaba, y su

(*) San Agustin, de tempore.

particular predileccion á la nacion tarasca para libertarla del duro cautiverio del demonio.

Otros especiales avisos tuvieron estas gentes para conocer el error en que vivian y que era falsa la adoracion de sus dioses, pues no solo les dejaron aviso los padres ancianos á sus hijos de que habia de fenecer el culto de sus ídolos, sus ceremonias y ritos, quedando sujetos á las gentes blancas que vendrian del Oriente, á quienes ellos llamaban hijos del sol, mas dos reyes de Tezcucoc (contemporáneos de Moctezuma) tuvieron por falsa la adoracion de sus ídolos, y así lo daban á entender con obras y palabras. Aunque es verdad que los pronósticos y señales espantosas poco há referidas podrian servir de anuncios al acabamiento que amenazaba de la gentilidad, como lo eran demostrativos de ésta porque no daban claridad de lo que significaban, para que cuando llegase la ejecucion, conociesen con toda claridad ser por disposicion divina, quiso nuestro Dios soberano manifestarle en esta forma: El Emperador Moctezuma, al principio de su gobierno, casó una hermana suya con el Rey de Tlaltelolco, la que á pocos años quedó viuda, servida y asistida de los señores y plebeyos. Adoleció de una grave enfermedad, de la cual murió y se hizo el entierro con majestuosa pompa, asistiendo á los funerales el Emperador y toda la nobleza

de su corte. Diéronle sepultura en una bóveda que estaba en el jardín donde solia bañarse, cubierto el sepulcro con una losa no muy pesada. Al rayar el día siguiente la vió una niña de cinco á seis años; y sin el menor susto, porque no la tenia por muerta, vino llamada de la difunta, y ésta le dijo llamase á su dama mayor. La dueña, teniéndolo á ilusion, procuraba divertir á la niña; pero ésta proseguia en sus instancias, tirándola de la ropa hasta conseguir que fuese adonde la llamaban. Al ver á la difunta sentada en un escalón del baño, cayó desmayada en tierra, y avisando la niña á otras dueñas de la casa, vinieron, hicieron llevar á la resucitada á su aposento, y al otro día ésta mandó llamar al que habia sido su mayordomo y le ordenó llamase á su hermano, porque tenia que decirle cosas de importancia. Mas no atreviéndose éste á ir con la embajada al Emperador, hizo le llamasen á su tío el Rey de Tezcucó, hombre de gran corazon y esfuerzo, y éste, oyendo las razones de su sobrina, se fué á palacio y le dió de todo noticia al Emperador. Oyólo con admiracion y espanto, y acompañado de sus grandes vino al aposento, y en presencia de todos le habló su hermana con voz clara y sosegada en esta forma: « Todos los
« presentes tendrán por cosa nueva ver viva á la
« que ántes dejaron enterrada. Sepan que morí,

« y los que no lo creyeren ténganlo por parasis-
« mo. En este tiempo que estuve en el sepulcro,
« quiero decir, por ser voluntad de Dios lo que
« ví y las cosas que me pasaron, halléme en un
« valle muy espacioso y llano, y por medio de él
« se veía un camino dividido en diversas sendas.
« A un lado de este valle pasaba un caudaloso
« rio, y queriendo yo vadearle, me lo impidió
« un gallardo mancebo, resplandeciente como el
« sol, el cual tenia en la frente esta señal (hizo
« la cruz con los dedos), y tomándome por la
« mano me dijo: Aun no es tiempo que pases
« este rio, que Dios te quiere bien aunque no le
« conoces. Y me llevó por aquel valle, donde ví
« muchas cabezas y huesos de hombres muertos,
« que se quejaban con gemidos muy dolorosos.
« Más adelante ví muchas personas negras, con
« cuernos en la cabeza, que se estaban dando
« prisa en edificar una casa; y volviendo á mirar
« al Oriente, ví que venian por las aguas del rio
« arriba unos navíos con muchas personas de otro
« traje diferente del nuestro, los ojos garzos, de
« color bermejo, y con pendones en las manos
« y capacetes en las cabezas, y el mancebo que
« me guiaba me dijo: Éstos han de publicar la
« verdadera fe y el verdadero Dios: ha de haber
« muchas guerras, y aquellos que ves con cuer-
« nos, tan feos y negros, preparan aquellas casas

« donde han de penar los que murieren; y que
 « cuando se apaciguasen las cosas y se publicase
 « el lavatorio del bautismo, fuese yo la guiadora
 « de las gentes que habian de ir á él. »

Con atencion y silencio oyó Moctezuma á su hermana; pero atribuyéndolo á locura, lo relegó al desprecio, que tanto puede la ceguedad obstina. Esta señora vivió despues muy recogida y fué la primera que recibió en Tlaltelolco el santo bautismo, y se llamó Doña María Papan, la cual, haciendo vida de buena cristiana, acabó su vida loablemente. Este caso tan memorable, dice nuestro Torquemada (*), se remitió por escrito á España, y fué cosa muy cierta entre los antiguos, y Doña María muy conocida en Tlaltelolco.

Bien se deja conocer que estos pronósticos y novedades tan exquisitas, no se quedarían dentro de los límites del Imperio Mexicano, pues muchas cosas de las señales del cielo fueron vistas por todos estos reinos, y de las otras que pasaron en México tuvieron especiales noticias; y como con la venida de los españoles se iban verificando los vaticinios, conoció el Rey de Michoacan, y todos los magnates, agoreros y sacerdotes de su reino, que al introducirse en sus dominios la corona de España debia caérsele la suya de la cabeza. Reinaba por este tiempo que aparecieron

(*) Torquemada, tomo primero, libro segundo, capítulo XCI.

los españoles en la Veracruz, Sinsicha Tangajuan, hijo del Rey Tzihuanga, y le quedaron cuatro hermanos que pudieron disputarle la corona. Como ésta no admite compañía, dice la Crónica del muy reverendo padre La Rea que les hizo quitar la vida, aunque no me persuado de que todos fuesen muertos, por cuanto hallo en las Décadas de Herrera, cronista general de las Indias, haber enviado el Rey Sinsicha con legacia para el invictísimo Don Fernando Cortés, y pudo ser que por menor de edad, como lo tengo insinuado, se libertase de la muerte que padecieron los otros hermanos. Asegurado ya en el Rey Sinsicha, cuyo nombre en su lengua nativa se interpreta el de los buenos dientes, y llamado por antonomasia Caltzontzi, gozaba de prosperidad, aunque zozobraba el gusto de esta posesion con las continuas batallas que tuvo con el Emperador Moctezuma Xocoyotl, ó el menor, que émulo de su corona no cesaba de inquietar sus dominios. En estas competencias forcejeaban los dos Monarcas cuando entraron los españoles á esta tierra, que fué el año de 1519, en que como cometas refulgentes del Oriente y como rayos é hijos, no del sol material (como decian los indios), sino del verdadero Sol de Justicia, por su cristiandad, desvanecieron bien presto, mediante el auxilio de los operarios evangélicos, las sombras del gentilismo.